

de vampiresas criollas. La intimidad es apenas una sombra de aquello. Ni tan viciosas, ni tan refinadas. A menudo ni lo uno ni lo otro. Más bien víctimas de la propia exterioridad, que las lleva al borde de peligros, de los cuales se asustan y se retraen. Dan una impresión enteramente diversa a lo que en realidad son. De ahí los equívocos, los desencantos, las caídas, que el ambiente prepara con la complicidad de sus imitaciones europeizantes o yanquizantes. Espejismo engañoso que el novelista de «Duque» insinúa en el tipo de mujer Beatriz, que sirve de eje, junto con el tipo de niño bien, Teddy, a esta novela de cinismo y de dolor, en la que América española puede reconocer un aspecto típico de su interesante fauna humana.

La Editorial Ercilla ha hecho bien en editar esta novela peruana. Pero, ante todo, es digno de aplauso el programa que se ha trazado, de dar a conocer las novelas más importantes de escritores hispanoamericanos, que tanto cuesta conseguir en Santiago. Las diferencias de moneda, y la carencia de mercado o, mejor, de comunicaciones intelectuales con los demás países de este continente, impiden el conocimiento de las buenas obras de otras literaturas.—D. MELFI.



CUENTOS

«CARTUCHO», por *Nellie Campobello* (1).

Personajes de juguetería. Temperamento de niña, cruel y des-
aprensivo; mirando juegos de Hombres del Norte. Soldaditos de
plomo que sangran y mueren. Pancho Villa con «unos ricitos
muy ricitos». La obra de Nellie de Campobello no tiene antecede-
ntes literarios. Frase muy repetida, en este caso exacta. La

Ediciones «Integrales». (México, 1933).

autora no habla en nombre de la madre, ni de la soldadera, ni de la mujer que llora; habla en nombre de la niña a la que la guerra ha suprimido la escuela, el recreo, y se ve obligada a presenciar combates y fusilamientos:

«Los balazos habían empezado a las cuatro de la mañana, eran las diez. El caso es que las balas pasaban por la mera puerta, a mí me parecía muy bonito, luego quise asomarme para ver cómo peleaba el Kirilí».

Nellie de Campobello, pequeña Plutarco de los Hombres del Norte, ha hecho la novela más fina y poética sobre la Revolución Mexicana.

Es maravilloso cómo maneja con cierta cruel inocencia un material humano tan violento. Su obra puede compararse, en la literatura soviética con «Caballería Roja» de Isaac Babel.

«Cartucho» es un conjunto de estampas, de pequeños cuadros de la Revolución Mexicana, en la que los personajes y las cosas aparecen sorprendidas por una mirada de calcetines, cortos y blancos.

Un viejo soldado de la Revolución, que está en un hospital, accidentado: cuenta sus recuerdos a la autora:

«Y me contó que este General, que el otro.. Que él estaba cuando... Que el Fulano valiente, valiente dijo, que si lo mataron. Que los hombres... que los tiroteos...»

Ella también recuerda:

«Hidalgo del Parral, Estado de Chiguagua, foco del villismo. Si tú hubieras visto aquello. Mejor que te cuente la primera impresión, fina, limpia, agudita que me dieron los balazos.

—¿Por qué no escribes eso?

Así fué como cada tarde le llegaba al Hospital del Cerro mis fusilados escritos en una libreta verde. Los leía yo, sintiendo mi cara hecha perfiles salvajes. Vivía, vivía, vivía... Acostaba mis fusilados en su libreta verde... Mis fusilados, dormidos en la libreta verde. Mis hombres muertos. Mis juguetes de la infancia».

Veamos alguno de los perfiles de estampería que nos regala la autora:

«José Ruiz era filósofo. Tenía crencñas doradas, untadas de sebo y lacias de frío. Los ojos exactos de un perro amarillo. Hablaba sintéticamente. Pensaba con la Biblia en la punta del rifle».

«Elías Acosta era alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro. Se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo.

¡Viva Elías Acosta!, gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo. Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie: era jugando, y no se disgustaban con él».

La autora da siempre un especial relieve a la indumentaria de sus personajes:

«Kirilí usaba chamarra roja y mitazas de cuero amarillo. Cantaba mucho porque se decía: «Kirilí, que buena voz tienes». Usaba un anillo ancho en el dedo chiquito, se lo había quitado a un muerto allá en Durango. Kirilí, siempre que había un combate, daba tres o más pasadas por la Segunda del Rayo, para que lo vieran tirar balazos. Caminaba con las piernas abiertas y una sonrisa fácil, hecha a ojal en su cara.

Siempre que se ponía a contar de los combates, decía que él había matado puros Generales, Coroneles y Mayores. Nunca mataba un soldado».

La visión que nos da de Pancho Villa, es la de una niña que va al Zoológico a ver al rey de las selvas:

«Junto a la ventana, en un colchón tirado en el suelo, estaba el General, se sentó mamá en una silla bajita (de manufactura nacional), él estaba sentado con las piernas tirantes, tenía la gorra puesta. Cuando Villa estaba presente, sólo se le podían ver los ojos, sus ojos tenían imán, se quedaba todo el mundo con los ojos de él clavados en el estómago.

Tenía unos ricitos muy ricitos en toda la cabeza, levantó los ojos hasta la mamá; todo él era dos ojos amarillentos medio castaños, le cambiaban de color en todas las horas del día».

Nellie Campobello se acostumbra a sus fusilados, y los quiere, a su manera.

«Había momentos en que, temerosa de que se lo hubieran llevado, me levantaba y me trepaba en la ventana, era mi obsesión en las noches, me gustaba verlo porque me parecía que tenía mucho miedo.

Un día, después de comer, me fui corriendo para contemplarlo desde la ventana, ya no estaba. El muerto tímido había sido robado por alguien, la tierra se quedó dibujada y sola. Me dormí aquel día soñando en que fusilarían otro, y deseando que fuera junto a mi casa».

A veces el relato, más que macabro, se torna superrealista:

«De pronto salió de la esquina, un hombre a caballo; a poquito andar, ya estaban frente a la casa—le faltaba una pierna y llevaba una muleta atravesada a lo largo de la silla—iba pálido la cara era muy bonita; su nariz parecía el filo de una espada, con la mirada clavada hacia arriba de los cerros; él creía que iba viendo un grupo de hombres grises, que estaban allá arriba en la calle, y que le hacían señas. No volteó ni nada, iba como hipnotizado con las figuras grises, en ese momento en que no se cruzaba un solo balazo.

—«Mira qué amarillo»—dijo mi hermana.

—«Va blanco por el ansia de la muerte», dije yo convencida de mis conocimientos en asuntos de muertos, porque lo que yo sentí en ese momento, lo que ví, fué un muerto montado en su caballo. Los hombres comenzaron a disparar sobre la esquina más fuerte que nunca.

Ya no había balazos; salió toda la gente de sus casas, ansiosa de ver a quienes les había «tocado».

El mochito con su uniforme cerrado y unos botones amarillos que le brillaban con el sol, estaba tirado muy recto, como ha-

ciendo un saludo militar. Dicen que cuando ya estuvo caído le dieron dos tiros de gracia, poniéndole el zapato en la cara. Dijeron que le habían puesto el zapato para que sus «tontas»—adjetivo que le daban a sus novias—no lo vieran feo.

A pesar de todo, aquel fusilado no era un vivo, el hombre mocho que yo vi pasar frente a la casa ya estaba muerto».

Donde la emoción de la autora se hace más tierna y femenina, casi maternal, es al hablar de los indios, de los pobres indios, que siempre en la «bola», van a perder:

«Dos mayos, indios de San Pablo de Balleza. No hablaban español y se hacían entender a señas. Eran blancos con ojos azules, el pelo largo, grandes zapatones que daban la impresión de pesarles diez kilos. Todos los días pasaban frente a la casa, y yo los asustaba echándoles chorros de agua con una jeringa de esas con que se cura a los caballos. Me daba risa ver cómo se deshacía el pelo cuando corrían. Los zapatos me parecían dos casas arrastradas torpemente.

Una mañana fría, fría, me dicen al salir de mi casa: —«Oye, ya fusilaron a Zequiél y su hermano; allá están tirados fuera del camposanto y ya no hay nadie en el cuartel».

No me saltó el corazón, ni me asusté, ni me dió curiosidad; por eso corrí. Los encontré uno al lado del otro. Zequiél boca abajo y su hermano mirando al cielo. Tenían los ojos abiertos, muy azules, empañados, parecía como si hubieran llorado. No les pude preguntar nada, les conté los balazos, volteé a Zequiél boca arriba, le limpié la tierra del lado derecho de su cara, me conmoví un poquito y me dije dentro de mi corazón tres y muchas veces, «pobrecitos, pobrecitos». La sangre se había helado, la junté y se la metí en la bolsa de su saco azul de bordón.

Quebré la jeringa».

El estilo es siempre ingenuo, sintético, precioso:

«Parral de Noche es un pueblo humilde, sus foquitos parecen botones en camisa de pobre, sus calles llenas de caballerías vi-

illistas, reventaban, nadie tenía sorpresa, los postes eran una interrogación».

«Y pasaba todos los días, flaco, mal vestido, era un soldado. Se hizo mi amigo porque un día nuestras sonrisas fueron iguales. Le enseñé mis muñecas, él sonreía, había hambre en su ríca, yo pensé que si le regalaba unas gorditas de harina haría muy bien... Parecía por detrás un espantapájaros, me dió risa y pensé que llevaba los pantalones de un muerto».

Nellie Campobello agrega un nuevo tipo de novela de la Revolución Mexicana a los que la iniciaron, Azuela, con «Los de Abajo» («corrido», gesta heroico-anónima), y Martín Luis Guzmán (retrato nutrido y casi exacto de los hechos y los personajes).

«Cartucho» se divide en tres partes: I) Hombres del Norte; II) Fusilados; y III) En el Fuego. Comprende treinta y tres narraciones, y en ninguna de ellas decae la gracia, un poco macabra, del estilo, y el interés que despiertan la autora y sus personajes.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.